

Pero no sólo de lo estático—como acabo de comentar—arranca Miró efectos plásticos, sino también del más elemental movimiento. Véase esta bella estampa procedente de *El abuelo del rey*:

El nietecito huérfano corría entre los rancios muebles; y cuando pasaba por los vanos de las balcones y las hebras azules de sol tocaban su cabellera, se producía en la sala un bello relámpago de oro (Pág. 462).

Si hay impresionismo o no en este bello parpadeo de luz y sombra entre viejos muebles, no importa demasiado. Tal vez lo haya, si por impresionismo se entiende un pintar lo cambiante, movedizo y plástico de una atmósfera, de un ambiente fluidizo, cuya luz, cuyos colores cambian de segundo en segundo, de matiz en matiz. Miró, con su insaciable pupila, ha apresado el dorado relámpago de una cabellera infantil tocada fugazmente de sol, demostrando un arte excepcional para convertir movimiento en luz y color<sup>12</sup>.

Recuérdese, como muy significativo, el comienzo del capítulo VI, *Prometidos*, de *Nuestro Padre San Daniel*. No cabe imaginar más inmóvil estampa:

De pie, rígido y pálido; en la diestra un pomo de rosas y un guante amarillo; en la siniestra, el junco y el sombrero; la mirada fija en un cobre de una cómoda Imperio; la barba estremecida, y la piedra de su frente con una circulación de sol. Así pidió don Alvaro la mano de Paulina.

Don Cruz, *Aiba-Longa*, y Monera atendían inmóviles y ceremoniosos cerca del estrado. Todo el estrado para don Daniel, muy solo, muy desvalido en un sofá tan ancho.

Reclinada sobre el costurero de ciprés de la madre, en una sillita de lienzo, estaba la novia. Le caían los pliegues lisos de su vestido azul como de túnica de una Anunciación; y en el fondo del ventanal, un arco blanco con una vid que subía, resaltaba el contorno de pureza de sus cabellos negros.

Calló don Alvaro; y todo esperaban la palabra del padre. Y don Daniel no habló.

